



AQUILAE

LUIS FERNANDO ESCALONA

LEYENDAS DE LOS MORADORES DEL CAMINO
GUERREROS CELESTIALES

GUERREROS CELESTIALES

Leyendas de los Moradores del Camino

Aquilae

LUIS FERNANDO ESCALONA

Copyright©2015, by Luis Fernando Escalona.

Ilustración de portada: Fernando Gil.

Publicado en México, 2015.

1ª edición digital.

ISBN: 978-607-7570-18-9

Ala de Avispa Editores

Boulevard Ignacio Zaragoza, Condominio Granero,

Casa 36. Colonia Hacienda del Pedregal,

Atizapán, Estado de México. Código Postal 52910

www.aladeavispa.com

edicion@aladeavispa.com

Este libro no podrá ser reproducido
ni total ni parcialmente por ningún medio,
sin el previo permiso escrito del autor.

Todos los derechos reservados.

*“They chose to fly
where eagles dare”*

Iron Maiden

La luna brillaba con su ejército de luces alrededor, y en algún lugar de Bilbaard, rumbo al puerto de Travo, los Moradores del Camino compartían el calor de una fogata.

Entre mutantes y humanos sumaban un grupo de veinte. Había bebidas calientes y carne seca de marmut. Algunos intercambiaban sus artesanías y todos contaban historias y leyendas de los guerreros que habían caído en la lucha contra la Legión Mutante.

—Han pasado algunos años desde la caída de Kanaria y no se han visto mutantes alados por el cielo —dijo un humano de nombre Shen.

—Pero muchas canciones se han hecho de todos los que murieron ese día —agregó un lagartijo.

—Sin olvidar a los que fueron enviados a Ménelik —intervino un hormigo negro.

—¡Esos valientes! Me hubiera gustado conocerlos —exclamó otro hombre.

—Yo los conocí —dijo alguien al fondo.

Todos se giraron en esa dirección y se encontraron con un mutante que iba cubierto con una túnica de color marrón. No se le distinguían los rasgos, que se perdían entre las sombras de la noche.

—¿Por qué no te acercas al fuego, hermano? —invitó Shen.

A un lago del encapuchado, un caimán le hizo un gesto amistoso.

—¡Anda, Viento, cuéntales!

El sujeto en cuestión echó hacia atrás la capucha que le cubría la cabeza y una exclamación de los presentes se escuchó.

—¡En un mutante águila!

El mutante alado hizo un gesto y tomó las orillas de su capucha.

—Anda, hermano —insistió el hombre, antes de que aquél se cubriera el rostro de nuevo.

—Vamos, tú puedes —dijo otra voz.

—Somos familia —agregó otro más. Aquello era cierto; entre los Moradores del Camino había un código de hermandad, que los comprometía a ayudarse entre sí como si fueran eso: una familia.

Viento miró a su compañero reptil y éste le guiñó un ojo. Luego, suspiró y se levantó de su lugar. Cruzó al otro lado de la fogata y tomó asiento junto a Shen. Alguien le extendió una taza de metal, de la que salía un vapor grisáceo que buscaba estirarse hacia la oscuridad. El mutante la aceptó.

—Cuéntanos, Viento —pidió Shen—, ¿conociste a los enviados de Ménelik?

—Sí —respondió.

—¡Ahora recuerdo! —exclamó el hormigo negro—. Se dice que había un águila entre ellos. ¿Es cierto?

Viento dio un trago a su bebida para aclararse la garganta. El abrigo que sintió le dio confianza para continuar.

—Es cierto —dijo—. Se llamaba Kérim y lo conocí mucho antes de que formara parte del Consejo Real de Kanaria.

—¡Qué fortuna la tuya, salud! —dijo un serpiente flacucho. Los demás levantaron sus tazas para brindar. Con una sonrisa forzada, Viento los imitó.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó Shen.

—Fácil —respondió Viento—, éramos parte del mismo clan.

Otra exclamación de asombro se escuchó y hasta el fuego pareció avivarse en medio de ellos.

—Yo era muy pequeño cuando él partió hacia el Consejo, —confesó el águila—; no conviví mucho con él, así que poco puedo decirles al respecto.

—Pero algo habrás escuchado... —dijo un lagartijo.

—Bueno —continuó Viento—, siempre nos alentaba a volar, no importara lo que sucediera alrededor.

—Más allá de las tormentas... —susurró Shen.

—¡Sí! —exclamó Viento.

—Todos conocemos esa leyenda —agregó un hombre, mirando al mutante alado con cierta comprensión. Viento se dio cuenta de que, a pesar de que ninguno de ellos hubiera conocido a Kérim en persona, sentían una profunda admiración por él.

—Continúa —pidió el hormigo negro.

Viento dio otro trago y continuó.

—Era muy bueno con todos en el clan, siempre estaba dispuesto a ayudar a quien fuera. Supongo que por eso lo eligieron para formar parte del Consejo.

—¡Cuéntanos de los enviados! —dijo alguien. Otras voces se unieron a la petición.

Viento sonrió y sus ojos se perdieron en el interior de las llamas en la fogata.

—Sólo estuvieron una noche —dijo—, pero fue la noche más gloriosa para nuestro clan.

Y todos escucharon lo que el águila tenía que decir.

Para llegar a la fortaleza de Ménelik, los enviados habían decidido que, a pesar de que dieran más vuelta por el continente y las bahías, rodearían la costa de Kanaria y de Turkis. Cuando lograran el cometido, bajarían a los pantanos que hacían frontera con Ménelik y lo demás lo recorrerían a pie.

El trayecto para rodear las costas les tomó algunos días. Se detenían de pronto en alguna playa o isla cercana para descansar y continuaban el camino. Entre esas islas, se detuvieron en una muy particular: la isla Sheroki, el hogar del águila Kérim.

La isla Sheroki estaba ubicada al noreste de Nueva Lemuria, tenía playas calurosas llenas de palmeras y una selva verde que se extendía sobre el interior. Las aguas cercanas al mar eran casi transparentes y desde el cielo se podían ver corrientes más profundas, avivadas por un color turquesa que las hacía brillar. El clima era húmedo y solía llover durante el verano.

El grupo de los enviados estaba conformado por cuatro mutantes alados: Ania, la colibrí; Ayan, el cardenal; Quetzo, el pavo real; y Kérim, el águila.

Una vez que arribaron a la isla, ellos y sus tropas descendieron sobre la playa y se encontraron con el silencio y la calma de una bahía tropical.

—¿Seguro que vives aquí, grandulón? —le preguntó Ania al águila, quien sonrió.

—El clan se encuentra más adelante, en el interior de la selva —contestó Kérim, y dirigiéndose al cardenal, agregó—: Levantemos el campamento y vayamos los cuatro.

La tarde caía. A esa hora, el sol golpeaba con mayor intensidad. Los enviados podían sentir algunos destellos de luz sobre el rostro y giraban la cabeza para evitar que los cegara.

De pronto, Ania tropezó. La mutante colibrí sintió unas manos que la sostuvieron por los brazos y cuando recuperó el equilibrio, vio que se trataba de Ayan. Sus ojos se encontraron y la colibrí se sonrojó.

—Gracias —susurró ella.

El cardenal la tomó de la mano y la guió por el estrecho sendero, haciendo a un lado las hojas de las palmeras que se entrometían. La soltó y se agachó ligeramente para cruzar y abrirse paso a través de unos arbustos. Ania lo siguió. Al otro lado, vieron con asombro lo que se descubría ante sus ojos.

Entre los enormes árboles del lugar había casas de madera, arriba, en medio y abajo. Pequeños riachuelos llevaban agua alrededor de su territorio y emitían un constante susurro que los mantenía a todos relajados; aquel murmullo del agua les hacía sentir que el calor disminuía. Entre las casas había adornos de colores, y flores de muchas formas y tamaños.

—¿Te gusta? —le preguntó Kérim a la colibrí.

—¡Es hermoso! —respondió ella.

Todo a su alrededor se volvió una voz alegre, constante y divertida; el lugar cobró vida cuando los enviados vieron a las águilas concentradas en sus actividades. Algunos de los más pequeños corrían entre los arroyuelos, mientras los adultos trabajaban en las actividades de la comunidad. Construían objetos de madera, acomodaban las provisiones y la comida. Había mujeres águilas bailando con sus niños y algunos más se zambullían entre los estques de agua, por donde descendían hermosas cascadas construidas por el clan.

Kérim y sus compañeros se acercaron a un montículo verde donde estaba el trono real. Ahí, el gran Awohali los esperaba.

—Shanti shanti, hijo mío. Sean ustedes bienvenidos —saludó el líder del clan.

—Wado, wado, padre —respondió Kérim.

—¿Wado? —le susurró Ania al cardenal.

—Significa “gracias” en la lengua de las águilas —respondió en el mismo tono, sin dejar de mirar al frente.

El gran líder Awohali era un águila enorme, tanto como Kérim. Las plumas blancas de su rostro le caían a los lados, dándole la apariencia de una larga barba alrededor del pico. Sus ojos eran serenos y vestía una túnica rojiza, con dos aberturas para las alas.

—Hemos venido desde el Monte Élkar, con el fin de cumplir una misión en la región de Ménelik —dijo Kérim—, pero quisiéramos algunas provisiones para continuar con nuestro viaje.

—Sí —dijo Awohali—. Todo mundo sabe ya de su encomienda.

—Eso no es bueno —susurró Ayan.

Y entonces, el gran líder de las águilas se puso en pie y exclamó con sonora voz hacia toda la congregación:

—¡Pero no crean que se irán de aquí tan fácilmente!

Todos detuvieron sus actividades. Un silencio incómodo se hizo presente y los enviados se quedaron de pie sin saber qué hacer. ¿Estaría enfadado? ¿Sería aquello una trampa? ¿Qué podían esperar?

—Padre...

—No dejaré que se vayan de aquí... —sentenció Awohali y los enviados se consternaron; pero de pronto, el viejo comenzó a sonreír y alzando los brazos hacia la comunidad, agregó—: ¡Haremos un banquete para nuestros amigos y dejaremos caer sobre ellos nuestras bendiciones!

Todas las águilas se unieron en un vitoreo y en gritos de alegría. Los más pequeños saltaron emocionados y el clan comenzó a aplaudir y a desearles bienestar a los enviados.

Kérim respiró e inclinó la cabeza hacia delante.

—Wado, padre.

Awohali imitó el gesto de su hijo y llamó a sus guardias para que comenzaran los preparativos.

Algunas águilas niñas se acercaron con Ania y la tomaron de la mano. Por su parte, Kérim se vio rodeado de sus viejos camaradas y Ayan fue llevado por los pequeños para que les contara historias sobre la guerra. Quetzo hizo una mueca de fastidio, pero los miembros del clan lo invitaron a bailar y a integrarse con los demás. Chicos y grandes se reían con los enviados. Les ofrecieron bebidas de frutas frescas y los llevaron a las cascadas para que se refrescaran.

Durante la tarde hubo representaciones teatrales; incluso invitaron a todos los soldados que venían con los guerreros. La obra dramática que más impresionó a los enviados fue aquella que simbolizaba el vuelo del águila hacia las montañas.

Así, el silencio se hizo entre las aves y comenzó la función.

Un águila joven levantó la vista hacia el horizonte y recitó:

—Allá arriba, la punta de la montaña se une con el cielo.

Los presentes levantaron sus rostros siguiendo la trayectoria de su dedo.

—Allá arriba —continuó—, están mis hermanos.

En ese momento, apareció un águila mujer, cubierta por un vestido marrón que se confundía con sus plumas.

—¿Tienes que subir, Askoli? —preguntó ella.

—Sí, Inada, es mi deber.

—Pero, ¿qué sucederá si no regresas? —preguntó ella, apretando sus manos contra el pecho de su esposo.

—Recuerda que soy un guerrero —dijo Askoli—, y debo subir a la montaña. Es parte del ritual.

Otro miembro del clan apareció de pronto y dirigiéndose a los demás, exclamó:

—Cuenta la leyenda que una vez al año, las águilas van a esa montaña y se congregan en las alturas, como parte de una purificación. Los más viejos mueren allí, y los más jóvenes limpian su alma con el sacrificio y renovación de sus garras, plumas y pico. Al final, emprendían el vuelo hacia el cielo, renovados de esperanzas y poder.

Entre las águilas hubo un susurro de admiración.

—¿Será verdad que lo creen? —le preguntó en voz baja Ania al cardenal.

—Lo creen —respondió Ayan—, mira el respeto que tienen por todo lo natural.

Ania hizo un gesto para afirmar y recargó su cabeza sobre el hombro del mutante; éste dejó caer con delicadeza sus dedos sobre la mano de la colibrí.

—¡Askoli! —sollozó Inada, al momento de que el guerrero daba un paso hacia el frente. Lo abrazó y hundió su cabeza en el regazo de su amado.

—Comprende. Mis ancestros pronto habrán llegado y vendrán los guerreros que hicieron historia, como Kérim Awohali.

Todos miraron al enviado de Kanaria, quien se sonrojó.

—No puedo fallarles a ellos —dijo Askoli—, ni al clan. Ni a ti.

Ella lo miró directo a los ojos. Askoli acarició su pico y deslizó sus dedos por el rostro para limpiarle las lágrimas que descendían. Askoli sonrió.

—Te estaré esperando —dijo Inada con resignación.

Se abrazaron y dejaron que el viento los meciera durante unos momentos. El narrador se acercó y poniendo su mano en el hombro de Askoli, le dijo:

—Es hora.

Entonces, el clan de las águilas se unió a la representación. Comenzaron a tocar tambores y a rezar en lengua águila por el buen camino del guerrero. Inada se giró al lado opuesto y el narrador bendijo a Askoli.

De algún lugar, comenzó a salir humo blanco que cubrió el centro de la representación y cuando la nube se levantó por completo, se escuchó el grito agudo de un águila en el momento que se entregaba al cielo.

El humo se disipó. Askoli había desaparecido. Una exclamación de asombro entre los presentes se hizo notar. Inada salió de escena.

—¡Miren! —exclamó un chiquillo entre el público, señalando hacia el cielo. Todos los demás miraron en esa dirección: era Askoli, quien volaba hacia las alturas y desde la perspectiva de los presentes, parecía que tocaba el sol.

—Como si se fuera a quemar —dijo Kérim para sí mismo, mientras se unía a los aplausos del clan. Ania se estremeció ante el comentario del mutante.

Mientras tanto, en el cielo, Askoli volaba en todas direcciones.

—¡Wado! —gritaba el guerrero para que todos lo escucharan—. ¡Wado, lo he conseguido!

—Así, Askoli voló hacia la cima de la montaña —dijo el narrador—, allá donde sólo las águilas se atreven a cruzar. Askoli se elevó con libertad hacia su propio ritual y pronto se reunió con sus hermanos. Desde aquel día, Inada

se asomaba todas las tardes para ver si su esposo había regresado. Pero tuvieron que transcurrir muchos, muchos días.

De pronto, Inada apareció. Había algo extraño en ella.

—Un día —continuó el narrador—, el guerrero cumplió su promesa y la vino a ver, para regresar al cielo, allá donde es nuestra la libertad. Y voló. Voló libre, como debía ser.

El narrador salió para dejar sola a Inada, quien acariciando su vientre abultado, dijo con alegría:

—Ese de allá arriba es tu padre... el guerrero Askoli.

Un momento de expectación entre el público se hizo presente; después, todos rompieron con aplausos el silencio.

Inada y el narrador se pararon en frente de todos para agradecer. Se hicieron a un lado, y en picada, apareció del cielo, el valiente Askoli, quien se llevó los aplausos más prolongados.

Los tres se tomaron de las manos e hicieron una reverencia hacia el público.

—¿Quién quiere bailar? —exclamó una joven águila entre los miembros del clan. Todos afirmaron al unísono y la música comenzó.

Gran parte de la noche hubo bailes y ritos de alegría. Kérim bailó con los más pequeños, quienes le preguntaban si de verdad era un guerrero. Ahí estaba yo.

Kérim hacía movimientos con las manos, como si dibujara la trayectoria de un ave por el cielo y reiteraba que nosotros teníamos la libertad en nuestras alas; sólo bastaba con abrirlas.

—Vuelen sin miedo —nos dijo—. Abran sus alas y vuelen.

—Y, ¿qué pasa si hay tormenta? —le pregunté.

Kérim me miró con una sonrisa.

—Si hay tormenta —respondió— rompan las nubes y vuelen más alto aún.

—¡Sí! —exclamaron los más chiquillos, emocionados.

Por su parte, Ayan y Ania se tomaron de las manos y bailaron rodeados de pequeñas águilas; las mujeres mutantes del clan los llenaban con flores y arroz. Incluso algunos soldados participaron en la danza. Alejado de los demás, estaba Quetzo, quien miraba en silencio desde su lugar. La música de tambores, flautas y cantos se elevó hasta el cielo, y al final, todos fueron bendecidos por el gran Awohali.

A la mañana siguiente, el clan se congregó en la playa para despedir a los enviados y a sus tropas. Les dieron provisiones de alimento y los dejaron partir.

El ambiente aún estaba fresco, ligeramente frío, pero la brisa del mar comenzaba a calentar el aire. Por su parte, los guerreros se alejaron para continuar el camino lúgubre del cielo hacia la misión que tenían en sus manos.

Sin decir palabra, los Moradores del Camino se quedaron contemplando a Viento a través de las llamas de la fogata. En sus ojos andaba la nostalgia, pero una sonrisa tenue ondulaba sobre su pico.

—Nunca más los volvimos a ver —dijo el ave—. Pero las palabras de Kérim nos han acompañado desde que Kanaria cayó ante la Legión.

—¿Cómo es eso? —preguntó un humano al otro lado del fuego.

—Como la esperanza de que algún día, los mutantes alados volverán a volar.

—Y un día seremos libres —dijo el hormigo negro, levantando su taza con bebida caliente.

—Y los humanos y mutantes vivirán en paz —concluyó Shen, el hombre que había invitado al mutante águila a contar su historia.

Viento se giró para mirarlo. Shen estaba sonriendo y él le devolvió el gesto.

—¿Qué harás ahora?

—¿Volverás a Sheroki?

—No —respondió el ave—. Iré al puerto de Travo y de ahí, alcanzaré otros horizontes.

—Nadie ha llegado lejos por el cielo. Más allá de Nun no hay nada —dijo alguien.

—Prefiero eso —repuso Viento—. Prefiero la incertidumbre del camino a tener estas alas y no poder abrirlas, como lo prohíbe el león oscuro.

Hubo un momento de silencio entre los Moradores del Camino. Al final, fue Shen quien habló.

—Comparto tu sentir y te deseo buena fortuna.

—¡Que el sol brille en tu cosecha!

—¡Sí!

—¡Salud!

—¡Shanti, shanti!

—¡Vuela, Viento, más allá de la tormenta!

Aquella noche, los Moradores del Camino siguieron contando historias y en todas ellas, la esperanza de alcanzar los cielos era la protagonista.

A la mañana siguiente, Viento se dirigió al puerto de Travo, a un sitio apartado de las embarcaciones. Ahí, a la orilla de un peñasco, el águila se desprendió de su túnica marrón y la dejó caer al abismo.

Cerró los ojos y dejó que el sol le acariciara el rostro. Miró a la lejanía, perdiéndose más allá de donde el agua y las nubes se entrelazaban.

Viento abrió las alas. Unas enormes alas de caoba que cubrieron la inmensidad. Así, se impulsó hacia delante y se entregó a la incertidumbre del aire.

Viento voló hasta convertirse en un punto lejano que desapareció, deglutido por el cielo.

Fin del Aquilae